

¿SOCIALISMO O NUEVO CAPITALISMO?

M.A. QUINTANILLA
y R. VARGAS-MACHUCA:
La utopía racional, Madrid,
Espasa, 1989, 230 pp. (Premio
de Ensayo Espasa Mañana, 1989).

La dificultad que actualmente entraña la búsqueda de una salida esperanzada a la situación de crisis y perplejidad por la que atraviesa la izquierda occidental, suele activar frustraciones capaces de introducir en la conciencia de un buen número de intelectuales, bien el convencimiento de la maldad del poder y la impureza de la política —hallando así algunos en la consiguiente renuncia a la participación política y en el desprecio por el poder las coartadas de su disidencia—, bien la constatación más dramática de que la izquierda ha llegado a su fin o de que la utopía socialista se ha acabado. Ni uno ni otro es el caso de Quintanilla y Vargas-Machuca. Pues a su condición de filósofos y políticos socialistas —o por más señas de intelectuales entronizados en el poder—, unen la preocupación por reflexionar a fondo acerca del *socialismo del futuro*, tarea que consideran tanto más urgente cuanto que ésta parece ser la única ideología de tradición progresista que todavía tiene porvenir.

Urgidos de este modo por los imperativos que dicha tarea les impone, nada tan apremiante como reconocer desde el comienzo la necesidad de revisar, aclarar y renovar el núcleo teóri-

co mismo de la ideología socialista. Ésta se ha conformado, ante todo, con los postulados de la tradición marxista. De ahí que ya en la primera de las tres partes que componen el libro que comentamos —tituladas respectivamente: «Primeras tentativas», «Ajuste de cuentas» y «Nuevas propuestas»—, sus autores manifiesten el propósito de revisar críticamente aquellos componentes doctrinales y políticos del marxismo que deben ser abandonados para poder replantear mejor el proyecto socialista. Aceptan que del marxismo hay que conservar ese espíritu de «justificación racional de una opción moral» —su herencia utópica—; pero, al mismo tiempo, advierten que es preciso ajustar previamente las cuentas con aquellos *dogmas y prejuicios* que suponen un obstáculo a la hora de proponer los rasgos característicos del socialismo del futuro. En concreto: la consideración de la economía capitalista como un sistema de explotación de los trabajadores, la consideración del Estado democrático como un instrumento de dominación y, por último, la concepción de la actividad política como una actividad orientada a conseguir el poder del Estado para, a través del mismo, transformar la sociedad aboliendo el capitalismo e instaurando una sociedad igualitaria y reconciliada.

Como se colige claramente de lo que acabamos de decir, el *anticapitalismo*, la insuficiencia del *Estado* democrático y la naturaleza de la acción *política* se-

rían las principales ideas que debe repensar el socialismo del futuro. Habida cuenta de que los cambios producidos en la realidad social demandan una permanente innovación conceptual, de lo que se trata, en pocas palabras, es de «reconocer nuestra condición posmarxista y preocuparnos de redefinir las ideas básicas del socialismo democrático». No es casual, en consecuencia, que Quintanilla y Vargas-Machuca acaben confirmando a dichas ideas un protagonismo decisivo a lo largo de las páginas de su ensayo. Veamos.

Por lo que atañe al anticapitalismo, éste es visto como un sentimiento del movimiento socialista que se halla indisolublemente vinculado a la lucha contra la explotación y a la puesta en cuestión de la propiedad privada y el régimen mercantil. Sin embargo, la experiencia histórica ha demostrado que la abolición de la propiedad privada y de los mecanismos del mercado no supone la desaparición del fenómeno de la explotación. Lo repudiable, por tanto, no sería la propiedad privada del capital ni el funcionamiento del mercado, sino la *desigualdad de poder*. Ahora bien, el poder —entendido como la capacidad de tomar o imponer decisiones— no depende tan sólo de las relaciones de propiedad, sino también de otras formas de poder (especialmente de carácter político). De este modo, la lucha contra la explotación económica se transforma en un objetivo de redistribución igualitaria del poder. En otras palabras: «lo esencial de la utopía socialista no reside en ninguno de esos elementos tradicionales de la crítica al capitalismo, sino en la necesidad de retrotraer el ideal de la justicia a las condiciones concretas de la producción y el intercambio en donde se generaliza la desigualdad».

Para ello, claro está, resulta imprescindible potenciar la intervención del

Estado en las relaciones económicas, dada su función como corrector de las desigualdades. Mas esto sólo es posible, según nuestros autores, desde un modelo de Estado que no reproduzca, en el nivel del poder político, las desigualdades que se pretende combatir en la sociedad civil y en el sistema económico. De ahí que, a la postre, el núcleo del ideario socialista se traslade desde la economía a la política, pues «el reto del socialismo es el reto de superar la explotación extendiendo y profundizando el Estado democrático». En este preciso sentido, el peligro que acecha a la izquierda no estaría en la identificación con la economía de mercado, sino en desentenderse del proyecto democrático. En definitiva, el objetivo último de la *acción política* socialista radica en profundizar la democracia política representativa y en extender la participación democrática a ámbitos cada vez más amplios de las relaciones sociales. Acaba dando la sensación, en efecto, como si, para Quintanilla y Vargas-Machuca, la profundización de la democracia fuese la misma *utopía racional*.

Nos hallamos, así pues, ante algo más que un «ajuste de cuentas»: un reajuste de la propia perspectiva socialdemócrata, cuyas líneas programáticas serían, en resolución y según hemos podido apreciar, las siguientes:

— la cuestión de la propiedad privada de los medios de producción pasa a un segundo plano;

— el objetivo de la supresión de la explotación se transforma en un objetivo de redistribución del poder político;

— el ideal moral de la igualdad se concreta en un programa de superación de la desigualdad de las relaciones de poder en el conjunto de la sociedad;

— en el horizonte estratégico del socialismo democrático no figura ya la

abolición de la propiedad privada ni el desmantelamiento de los mecanismos del mercado, sino el desarrollo del poder del Estado como contrapeso a la desigualdad del poder económico.

He aquí, pues, esbozadas en una visión muy general las principales propuestas que Quintanilla y Vargas-Machuca desarrollan en su libro. Sería oportuno, por tanto, pasar en lo que sigue a hacer algunas precisiones a las mismas.

Para empezar, conviene tener presente que lo más atinado de este ensayo es su insistencia categórica en la centralidad que debe poseer la *dimensión política* en el ideario socialista; su insistencia, en suma, en la centralidad de la democracia en la vía al socialismo, aspecto éste que adquiere mayor relevancia cuando a estas alturas ya ha debido quedar claro que no puede haber socialismo sin democracia. De ahí la urgencia, podemos convenir, de que una tradición emancipatoria como la del socialismo afronte cuanto antes la problemática del poder político. Ahora bien, a mi modo de ver en el capitalismo hay cierta subordinación del poder político al poder económico privado, y ello en gran parte explica —como ha insistido la «teoría económica de la democracia»— que se termine identificando la democracia con la concurrencia de elites competitivas organizadas como empresas políticas, con la consiguiente oligarquización política, falta de participación, liderazgo... En el fondo, la peculiaridad del poder político en el capitalismo —de su sistema representativo— continúa siendo su intento de compensar por medio de la igualdad política abstracta la concreta desigualdad social. Y es por esto que el verdadero fondo de la transformación socialista de la sociedad debe consistir precisamente en llevar a cabo esa transformación hasta su propio

fundamento material, hasta la vida productiva misma. Suponer que la democracia socialista puede darse en el plano del poder político o en el Estado sin darse también en la esfera de la producción me parece, por consiguiente, mucha suposición. En último extremo, es el cambio en las relaciones —*desiguales*— de propiedad lo que determina la transformación de la sociedad capitalista en socialista, y esto conlleva, claro está, la socialización de los medios de producción. Pues así como una sociedad con base económica socialista pero sin democracia no debería tildarse sin sonrojo de «socialista», así tampoco una sociedad democrática que no haya abolido la propiedad privada de los medios de producción sobre la que se cimentan básicamente las desigualdades sociales debiera autodenominarse sin ambages como tal.

Viene todo esto a cuento de lo que, sin duda, aparece como el aspecto más problemático del ensayo que comentamos: esa supuesta «compatibilidad» entre el socialismo del futuro y el funcionamiento del capitalismo. Si hasta ahora la relación entre ambos había sido entendida como antagónica, si el propio rasgo definitorio de la *utopía socialista* había residido precisamente en la negación histórico-social del capitalismo, ¿hasta qué punto no nos encontramos, una vez más, ante la identificación del reformismo socialdemócrata con el socialismo? Más aún: ¿hasta qué punto el sistema capitalista estaría dispuesto a aceptar tales reformas? ¿No existiría, por parte de dicho sistema, un límite de tolerancia a esa progresiva extensión de la democracia? Dicho de otra forma: ¿la concreción de la utopía socialista no dependería, en última instancia, de las resistencias presentadas a la misma por los intereses del capital? Es ésta una cuestión que en este libro queda por dilucidar.

Como la relación Norte-Sur, o los problemas derivados de la nueva división internacional del trabajo impuesta por el capitalismo actual y la consiguiente limitación de soberanía de los estados nacionales. Y es una lástima, pues dejando al margen su importancia, es muy probable que las respuestas a estas cuestiones, viniendo de quien vinieran y a tenor de la experiencia reciente —aun cuando, desde luego, no sea el caso—, podrían contribuir a arrojar luz sobre el misterio que encierra el hecho de que un socialista en el momento de llegar al poder acostumbre a dejar de serlo.

Pero esto no es todo. Convendría también añadir al respecto, que ante la actual crisis de civilización a la que se enfrenta la humanidad como consecuencia de los rasgos expansivos y destructivos del sistema capitalista, los presupuestos axiológicos del socialismo cobran así más vigencia que nunca. Y esto conduce, necesariamente, a resaltar la centralidad que debe ocupar en la *acción política* socialista el tema del anticapitalismo. Pues en realidad, la superioridad del socialismo no proviene de los mejores criterios de eficacia con los que pueda hacer frente a las desigualdades generadas por el funcionamiento del sistema, como creen Quintanilla y Vargas-Machuca, que ven en ello «un problema casi tecnológico», sino más bien de sus referentes ético-políticos, los cuales, por su contenido crítico, entran en abierto contraste con el capitalismo y exigen ir más allá del mismo. El socialismo, en

definitiva —como la democracia, según ha podido quedar ya apuntado—, es sobre todo un ideal moral, un objetivo programático a alcanzar.

Todo ello sea dicho, ciertamente, sin menoscabo del reconocimiento que merece el libro de Quintanilla y Vargas-Machuca. Escrito con una gran claridad expositiva no exenta de rigor, la necesidad que actualmente tiene el movimiento emancipatorio socialista, de replantear a fondo el conjunto de su acervo teórico, halla en el mismo un referente obligado. Su contribución al presente debate y reflexión acerca de las perspectivas del socialismo acaba haciendo de *La utopía racional* una lectura indispensable. Por mi parte, sólo me queda añadir que si damos por válido el hecho de que toda lectura de una obra termina siendo necesariamente selectiva y específica, la mía, naturalmente, lo es. Pero, al respecto, creo que vienen al caso —y no puedo evitar hacer más— las palabras que en otra ocasión expresó Manuel Sacristán: «El asunto real que anda por detrás de tanta lectura es la cuestión política de si la naturaleza del socialismo es hacer lo mismo que el capitalismo, aunque mejor, o consiste en vivir otra cosa.» Y esta otra cosa, como ha podido quedar claro, es algo bien distinto de esa nueva forma de «capitalismo social» que, según se desprende, está en la perspectiva estratégica de cierta versión del socialismo democrático.

Juan García-Morán Escobedo